

## Los esenciales: MIAU

### “El problema de España”

*Miau*, otra de las “novelas contemporáneas” de Galdós, es un ejemplo más de ese paisaje humano y geográfico de Madrid que supondrá el escenario recurrente no solo de esta obra, sino de casi la totalidad de su creación novelesca.

La novela se convierte en Galdós en el medio para hacer comprensible la visión que el autor tenía del mundo. Y fiel reflejo de esto, será uno de los pensamientos más lúcidos que tiene Villaamil en su deambular por las calles de Madrid: “Pues el Estado es el mayor enemigo del género humano, y a todo el que coge por banda lo divide...” (cap. XLII).

Así, nuestro personaje principal, nuestro antihéroe, reformula antes de expirar las enseñanzas que ha recibido de la vida y de esta su patria. La moraleja de la obra podría bien resumirse en estas líneas: cuanto más abajo y ruines sean tus ideas, más arriba estarás, usa bombín y capa, sobre todo buenos trajes y zapatos y España te premiará. El intelecto, la honestidad y el saber hacer son meras nimiedades.

Villaamil en los últimos capítulos se convierte en el *alter ego* del pensamiento galdosiano, será un Larra ofreciendo, exponiendo y criticando los valores perdidos del español de pro, una sociedad infestada de una plaga de parásitos, con sus defectos, sus cursilerías, sus rezos “a Dios orando y con el mazo dando”, que tiñen una España sin esperanza. Y, como diría Laín Entralgo, aquí radica el “problema de España”.

## Contexto histórico en *Miau*

Se inicia la novela en febrero de 1878. Poco antes, el 23 de enero, Alfonso XII se había casado con su prima María de las Mercedes en la basílica de Atocha.

Gobernaba el Partido Conservador con Cánovas a la cabeza desde el 2 de diciembre de 1875, entre idas y venidas. Villaamil no llegó a ver la sustitución de don Antonio, su suicidio tuvo lugar en la primavera de aquel mismo año.

Cuando Galdós publica su novela, en 1888, gobiernan los liberales con Sagasta al frente del Ejecutivo, ha muerto Alfonso XII y figura como regente doña María Cristina de Habsburgo y Lorena, la reina viuda.

Así Villaamil recordará en varios capítulos y bajo el tópico “cualquier tiempo pasado fue mejor” su etapa funcional, donde la cesantía no entraba ni en sus peores pesadillas:

“Yo entré a servir en tiempo de la Regencia de Espartero, siendo Ministro el Sr. Surrá y Rull, excelente persona, hombre muy mirado” (cap. XXXIII).

“El 64 llegué a los doce mil reales y allí me planté” (cap. XXI).

“La gente que sirvió a la Gloriosa primero y después a la Restauración está con el agua al cuello” (cap. XXII).

## Personajes

Galdós, siguiendo el modelo de la comedia humana de Balzac, fue creando personajes que se iban repitiendo en sus novelas, así Villaamil aparece en *Fortunata y Jacinta* o Pez en *La de Bringas*. Nadie hubiera pensado que el insignificante Villaamil que aparece en unas líneas se iba a convertir en el protagonista de una novela.

No voy a realizar un análisis exhaustivo de los personajes, pero sí citare aquellos más relevantes para el desarrollo de la obra.

La novela se abre con un Luisito Cadalso, nieto del cesante Villaamil, que va a ser el narrador observador de la obra. A través de él vamos a descifrar las vicisitudes por las que pasará la familia debido a la cesantía del cabeza de familia. En esa inocencia y visión realista de la vida, la presencia de este infante

le va a permitir a Galdós el poder de expresión que un personaje adulto no le permitiría.

Luisito nos presenta a las Miau, las tres mujeres que van a dar título a la obra. Bajo este apodo onomatopéyico que alude a su vez a los rasgos de las protagonistas, surgen en escena Abelarda, Milagros y doña Pura. Será la primera de ellas quien reconozca este apodo gatuno.

“Miau o las Miaus, porque dicen que parecemos tres gatitos, sí, gatitos de porcelana, de esos con que se adornan ahora las rinconeras. Y Bibiana creía que yo me iba a incomodar por el apodo. ¡Qué tonta es! Ya no me incomodo por nada. ¿Parecemos gatos? ¿Sí? Mejor. ¿Somos la risa de la gente? mejor que mejor. ¿Qué me importa a mí? Somos unas pobres cursis. Las cursis nacen, y no hay fuerza humana que les quite el sello. Nací de esta manera y así moriré. Seré mujer de otro cursi y tendré hijos cursis...” (cap. XVII).

Así las reconoce el público asiduo a la ópera, como tres gatitos de porcelana observando desde su palco la función. Estas “gatitas” hipócritas y cursis que han hecho de sus vidas “el gran teatro del mundo”, el arte de fingir, el arte de aparentar; no tener qué llevarse a la boca, pero, al igual que en el *Buscón* de Quevedo, echarse las migas sobre la ropa para aparentar que han comido. Estas mujeres hacen creer a la sociedad que pese a las dificultades económicas que pasan pueden permitirse el lujo de ir al teatro.

Milagros, la hermana de Pura, que había sido en sus mejores tiempos una Ofelia de la escena teatral, es en este palco teatral donde desarrollará su mejor papel, el de señora.

Pero la verdadera Ofelia de esta obra es nuestra Abelarda, que al igual que la cuarta Miau, Luisa su hermana, se sumirá en el mal que persigue desde los inicios a la humanidad, el mal de amores. Caerá bajo las garras de este don Juan Tenorio, Víctor Cadalso, pues sus conquistas son, simplemente, peldaños para ascender en la escala burocrática de la sociedad. Su suegro, Villamil, lo describirá de este modo: “El pillo nace, el orador se hace”.

Víctor Cadalso es el genio del discurso vacío, es un demagogo innato, de la labia cubierta de embustes, es un Félix de Montemar, irrespetuoso e irreligioso, pero a diferencia de sus predecesores conquistadores, las puertas del

infierno no se abrirán para devorarlo.

“Para hacerle más temible, Dios, que ha hecho tan hermosos a algunos animales dañinos, le dio a este el mirar dulce, el sonreír tierno y aquella parla con que engaña a los que no le conocen para atontarles, fascinarles y comérseles después... Es el monstruo” (cap. XXIV).

En *Miau* este tenorio no “verá cumplido su plazo, ni pagará su deuda”, porque las leyes terrenales se rigen por otros códigos.

Es capaz de utilizar a su propio hijo Luisito Cadalso para acabar con la familia Villaamil; este monstruo, lleno de belleza cual Lucifer, envenena con la palabra a cada uno de los miembros de este clan. A Villaamil le hace creer que lo colocarán, a Abelarda la enamora para después volverla loca y que se case con el ínclito Ponce. Luisa Villaamil, la cuarta Miau, muere al poco tiempo de nacer Luisito, por la locura que le proporcionan las infidelidades de su esposo.

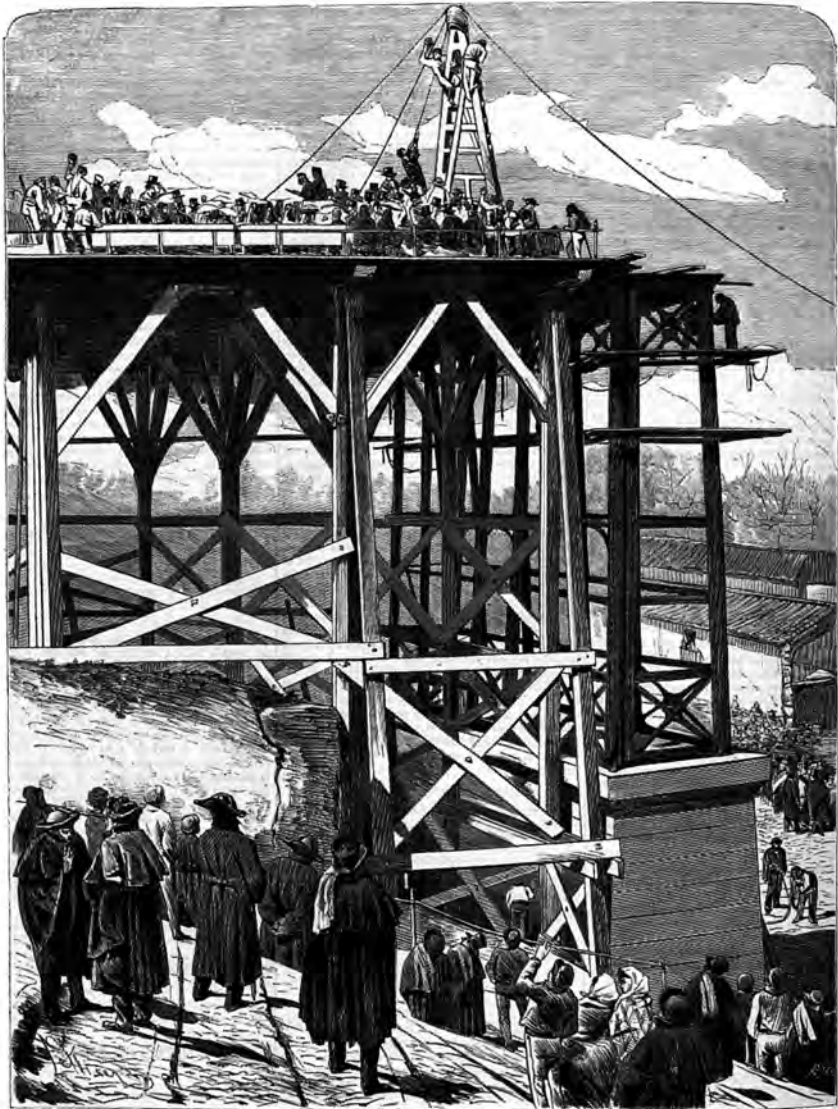
La galería de personajes no concluirá aquí, pues tenemos desde la misma deidad personificada hasta un perro, Canelo, que, como un Rocinante, va junto a su fiel compañero Luisito a entregar las misivas que salvarán de la miseria a la familia Villaamil.

Por otro lado, los “amigos burlones” de Villaamil, Pantoja, Cucúrbitas y Guillén, que forman el coro griego de esta tragedia. Ahí están siempre preparados para reírse del pelele de Villaamil.

### **La trama argumental de *Miau*: “y cuándo colocarán a papá”**

El argumento central de la obra se establece en la **colocación** de Ramón Villaamil, que desde el cambio de Gobierno deambula por los pasillos del ministerio como Max Estrella en *Luces de Bobemia*, si bien la crítica a este paseo lo ha interpretado como el descenso de Dante a los infiernos, en busca del merecido puesto que le compete a su validez y honradez como trabajador público del Estado.

“Las figuras de Villaamil y de Argüelles habrían podido trocarse, por obra y gracia de hábil caricatura, en las de Dante y Virgilio buscando por senos recónditos la entrada o la salida de los recintos in-



Construcción del viaducto de la calle Segovia de Madrid, inaugurado en 1874  
(*La Ilustración de Madrid*, 1872). "Cuando este puente se acabe -dijo Relimpio en tono de mucha  
autoridad- no servirá sino para que se arrojen de él los desesperados" (*La desheredada*).

fernales que visitaban” (cap. XXXV).

“Porque por más que revuelvo en mi conciencia no encuentro ningún pecado gordo que me haga merecer este cruel castigo... Yo he procurado siempre el bien del Estado, y he atendido a defender en todo caso la Administración contra sus defraudadores. Jamás hice ni consentí un chanchullo, jamás, Señor, jamás. Eso bien lo sabes tú, Señor... Ahí están mis libros cuando fui tenedor de la Intervención...” (cap. XXX).

Bajo este tema subyacen otros más: el sueño, la religión, la hipocresía y “el bien quedar”, el amor y el odio, la muerte y la lógica española.

Empezando por el **sueño**, es tratado aquí de distintas formas. En primer lugar, el sueño que todos tienen, aunque el propio Villaamil lo oculte, de conseguir un puesto. El sueño enfermizo de Luisito Cadalso que le lleva a la revelación del final, la muerte de su abuelo y la no obtención del puesto tan merecido.

En realidad, al igual que en *El gran teatro del mundo* de Calderón de la Barca, en esta obra “todos sueñan lo que son aunque ninguno lo sepa” y parafraseando aún más a Calderón, me atrevería a decir: “Sueñan las Miau en sus riquezas que más cuidado le prestan, sueña Abelarda en el amor que jamás será correspondido, sueña Villaamil en su colocación que más viajes y cartas le cuesta, sueña Cadalsito en tener un padre y una atención que en casa no le proporcionan y así sueña con el hombre de la barba blanca, que más cuidado le presta”.

Luisito a lo largo de la novela va a tejer con sus visiones (del grado de Santa Teresa de Jesús) la trama argumental de la obra. Dios con su barba luenga y blanca va a ser el consejero y padre que no tiene en las casas de las Miau, ni en su propio progenitor, Víctor Cadalso.

Dios va a ser su guía en el comportamiento conductual del niño, le aconseja en los estudios; incluso, Cadalsito va a servir de mensajero-intermediario con su abuelo para que se procure el luctuoso hecho del suicido de Villaamil.

A su vez tenemos la **religión**, que en cierto modo va ligada a los “éxtasis de Cadalsito”.

“No es este, no este.... porque yo no le veo, sino sueño que le veo, y no me habla, sino que sueño que me habla. De aquella febril cavilación...” (cap. XXV).

Religión que aparece expresada con sus diferentes connotaciones, desde la incredulidad de Víctor Cadalso

“Encaróse con Abelarda, que continuaba de sobremesa, y le dijo: ¡Felices los que creen! No sé qué daría por ser como tú, que te vas a la iglesia y te estás allí horas y horas, ilusionada con el aparato escénico que encubre la mentira eterna. La religión, entiendo yo, es el ropaje magnífico con que visten la nada para que no nos horrorice... ¿No crees tú lo mismo?” (cap. XXVII).

hasta el fanatismo religioso de Abelarda, que implora y hasta oye tres misas consecutivas para que sus plegarias le quiten la quemazón sexual que siente por su cuñado y, cómo no, lo más humorístico, la imaginiería católica que durante años ha adornado las casas españolas, que leyendo estas páginas asustaría al más gallardo.

“Verás, verás –le decía–, qué cosas tan monas te tiene allí la tía Quintina: santos magníficos, grandes como los que hay en las iglesias, y otros chiquitos para que tú enredes con ellos; vírgenes con mantos bordados de oro, luna de plata a los pies, estrellas alrededor de la cabeza, ¡tan majas...! Verás... Y otras cosas muy divertidas... candeleros, cristos, misales, custodias, incensarios...” (cap. XL).

La **hipocresía** y el **bien quedar** aparece muy bien personificado en doña Pura, quien en ningún momento ha dejado de preocuparse en el vestir, en las tertulias y en el “parecer serlo”.

Pero esta hipocresía va más allá cuando se trata del Estado, que ha abandonado a este Villaamil, él que tan grandes favores y trabajos ha realizado por España y por los españoles, pero así se lo pagan sus amigos, Pantoja, Guillén o Cucúrbitas, jaleando y jactándose de un mote, que hasta acróstico tiene como el INRI de Jesucristo.

“El mote MIAU díjome también que con las iniciales de los títulos de mis cuatro Memorias ha compuesto Guillén el mote de Miau, que me aplica en las aleluyas. Yo lo acepto. Esa M, esa I, esa A y esa

U, son como el Inri, el letrero infame que le pusieron a Cristo en la cruz... Ya que me han crucificado entre ladrones, para que todo sea completo, pónganme sobre la cabeza esas cuatro letras en que se hace mofa y escarnio de mi gran misión” (cap. XXXV).

Delante de Villaamil, ninguno de “sus amigos” se atreve a decir lo que piensan de él, pero detrás todos le dan la espalda, nadie ayuda al viejo Villaamil. Entre todos cavan su final, su muerte, cada uno de los personajes lo va empujando sin querer al inexorable suicidio.

Pese a que el **suicidio** ha sido un estigma del cristianismo, llevando a sus hacedores a la inhumación de su cuerpo en tierra no santa, gracias a la intervención de Cadalsito Ramón Villaamil descubre que sus intenciones son aprobadas por el “hacedor de la vida”.

La **muerte** está presente a lo largo de toda la narración, pero sobre todo tiene una visión de **liberación**, de concluir todo penar terrenal, un *requiescat in pace*. Así Luisa, dejará de sufrir y penar por las correrías de su esposo. Abelarda, en cierto modo al morir de amor por Víctor Cadalso, se entregará a una muerte en vida en el matrimonio con Ponce. Posturitas, el compañero de clase de Cadalsito, quien le insultaba con el mote Miau, también morirá y será para el niño toda una liberación el no volver a oír de sus labios tal insulto: “¡Pobre Posturitas! Pues señor, a mí me dirán Miau todos los que quieran; pero lo que es este no me lo vuelve a decir” (cap. XXVIII).

En esta novela, Galdós nos muestra la imperante lógica española, cómo funciona nuestro país, el mismo problema que a día de hoy sigue teniendo, que a los “eruditos y trabajadores” les ha dado una palmadita en la espalda, acompañado de ahí se las compongan: “El pillo delante del honrado; el ignorante encima del entendido; el funcionario probó debajo, siempre debajo. Y agradezca usted que en premio de sus servicios no le limpian el comedero... que no sé, no sé si sacar también esa consecuencia lógica” (cap. XXXVI).

## Se cierra el telón y cae Villaamil

Es en el final, en el último acto, donde vamos a encontrar en Villaamil la reflexión de España, ya embebido de dolor y sufrimiento y de un pesimismo



que encubre una esperanza que ha tenido este buen hombre y que la sociedad no ha querido darle; concluye aquí con una de las tres virtudes teológicas, la esperanza. Muere Villaamil, con un tiro, despeñado cual Calisto, sin nadie que lo recoja, aunque nos deja su más preciado legado, su teoría para salvar la economía del país.

“Después dirán: ¡Qué lástima no haber planteado los cuatro puntos aquellos del buen Villaamil, Moralidad, Income tax, Aduanas, Unificación! Pero yo diré: tarde piache... Haberlo visto antes. Dirán: Pues que sea Villaamil Ministro; y yo responderé: Cuando quise no quisiste, y ahora... a buena hora mangas verdes... Conque, señores, me voy para que ustedes trabajen. En mis tiempos, no había estos ocios. Se fumaba un cigarrito, se tomaba café, y luego al telar... Pero ahora, empleado hay que viene aquí a inventar charadas, a chapucear comedias, revistas de toros y gacetillas. Así está la Administración pública, que es una mujer pública, hablando mal y pronto” (cap. XXXIII).

Pero este precursor del Mario de Delibes, que por no aceptar un regalo se quedó a puertas del progreso; este Villaamil, al que por “hacer el bien y no mirar a quién”, la propia vida se lo ha pagado con desprecio; este Villaamil, que con una chistera y un galanteo a mujeres hubiera salvado a las cuatro Miau, a su nieto de ser entregado a los Cabrera, para que hagan de él un sacerdote, a sí mismo, si hubiera querido podría haberse salvado.

Su estómago hubiese quedado lleno, su familia en los abolengos que doña Pura se merecía, es más, podría haber destruido a su yerno, haberle hecho pagar todas sus fechorías. Pero don Ramón prefiere no actuar, prefiere dar paseos, que solo desgastan zapatos. Prefiere esconderse tras lo que un día fue y no volverá a ser, prefiere dar pena y que se apiaden, enviando a Cadalsito, con el estómago vacío a recoger “el sobre”. Para finalmente acabar con esta sensación: “¡Qué gusto! Después la sensación de convertirse en tortilla, y nada más” (cap. XXIV).